



EXCMO. SR. D. JOAQUÍN CALVO SOTELO

# BOLETÍN

DE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

TOMO LXXIII. - ENERO - ABRIL DE 1993. - CUADERNO CCLVIII

---

### Joaquín Calvo Sotelo

(1905-1993)

---

Cuando en un descanso entre dos sesiones, va a hacer dos años, nuestro compañero Joaquín Calvo Sotelo hizo conmigo un aparte para confiarme que se sentía bastante mal, que ya no duraría mucho y que me encomendaba, para llegado el momento, este ritual homenaje necrológico en la Academia, ¿qué podía hacer yo sino tomar la encomienda como una más de las bromas en que últimamente solía complacerse a propósito de la muerte? Bromas que los Académicos conocíamos por haberle oído leer algunos poemas de tal índole en el último almuerzo de enero, y que también había dado a conocer en algunos recitales públicos. Hoy esos poemas forman parte de sus *Cuadernos de humor y luto*.

Fingí tomarlo como una muestra de humor gris de nuestro amigo, aunque no se me ocultaba que estaba hablando en serio, según me recalcó con alguna insistencia. Y hube de aceptar el encargo, con la salvedad habitual aunque ociosa que a cualquiera se le ocurre cuando se compromete el futuro. No es fácil dar remate a una conversación tan taciturna.

En cualquier caso, pronto resultó visible que no era aprensión exagerada su anuncio de que el final estaba yéndole a los alcances: todos fuimos testigos de que

sus energías cedían con rapidez, de que le costaba trabajo desplazarse desde el salón de espera a esta sala de Juntas, de que ni siquiera abandonaba su habitual sillón de ahí enfrente en el descanso entre sesión y sesión ...

Pero si lo veíamos es porque estaba con nosotros. Esta obviedad quiere decir que su gravísimo mal, cuyo jaque inmisericorde le constaba, no fue obstáculo impediendo de su cita semanal con nosotros, ni lo persuadió de que ya podía desentenderse de nuestros asuntos. Siguió realizando sus aportaciones léxicas con vocablos normalmente pertenecientes al habla coloquial y mundana, y participando activamente en las muchas discusiones que suelen cruzarse sobre esta mesa. Continuó desempeñando encomiendas académicas como la de representarnos en el Instituto de España, incluso cuando ya dejó de sentirse bien tratado por tal institución. Y aún demandaba más ocasiones de integrarse en nuestros quehaceres. Me había pedido ser miembro de la Comisión de Diccionarios, y había aceptado formar parte de la ponencia de Estatutos, porque quería impulsar o apoyar reformas modernizadoras totalmente coincidentes, según me decía, con las que, más tarde, iba a aprobar la Academia. Muchos domingos —incluso el que precedió a su definitiva indisponibilidad—, sostenía con él una larga charla telefónica, para contarle qué había sucedido aquí el jueves anterior, y para darle cuenta de cómo marchaban dos asuntos que le interesaban vivamente: la *Fundación Pro Real Academia Española*, y la elaboración de los nuevos Estatutos, cuyo avance, necesariamente lento, le impacientaba, porque estaba ganándoles tiempo su enfermedad. Ya que no sus fuerzas, por obvia imposibilidad, aún aportaba su última voz, desfalleciente, debilísima, a nuestros comunes afanes.

Si recuerdo estos hechos es para afirmar, en coincidencia, estoy seguro, con todos ustedes, que Joaquín Calvo Sotelo fue modélico en la Academia. Siempre es-

tuvo presto a representarnos, sacrificando su tiempo o su descanso, en congresos y reuniones donde nuestra presencia era reclamada. Y actuó con puntualidad y perfección en todo cuanto le fue confiado, aunque lo hiciera a veces con divertida pero inequívoca reticencia; por ejemplo, a la hora de ser nombrado miembro de cualquiera de los innúmeros jurados literarios a que tantas veces se nos convoca. “Acepto” —venía a decir— “por disciplina, aunque no debo ocultar que lo hago con enorme desagrado”. Pero antes de confesar el disgusto, ya había adelantado su aceptación.

Calvo Sotelo ocupó su sillón, el *l minúscula*, durante treinta y ocho años. Cuando ingresó, tenía cincuenta, y estaba en pleno apogeo como autor dramático. El año anterior, 1954, había estrenado la obra por la que iba a ser largamente aclamado: *La muralla*, uno de los títulos más recordados del teatro español. Durante varias temporadas, fue representada en España entera, y aplaudida multitudinariamente, ya que no unánimemente, porque eso pocas veces ocurre en la literatura, y nunca en el teatro. Recordemos cómo se expresó alguna duda acerca de su invención, que el público atribuyó a los celos habituales en el mundo del espectáculo, y que, en lugar de obstaculizar la marcha triunfal del drama, la vigorizó.

No pudo llegar en momento más oportuno la llamada de la Academia a Calvo Sotelo, pues coincidía con el cenit de su carrera teatral. Todos recordamos cómo, en aquella obra, denunciaba el origen delictivo de la fortuna lograda por un vencedor en la guerra civil, y el cerco de intereses que le impedían restituirla. Había una denuncia explícita de la conciencia hipócrita de una familia bien pensante del momento, hecha por un escritor de inconfundible origen burgués, lo que no era de extrañar, pues es la burguesía la única clase social capaz de realizar su propia crítica. Nadie podía ni puede negar a *La muralla* una rotunda sinceridad.

El hecho de que ese fuera su título de más éxito, no

quiere decir que no le hubieran precedido otros también triunfantes, ni que fuera el más logrado. Me permitiría dar esa calificación subjetiva a *Plaza de Oriente*, estrenada a principios de 1947, es decir, siete años antes, un poco a contrapelo también de la prudencia, cuando no era muy bien visto sentir nostalgia de la institución real, ni hacer apología del sentimiento monárquico representado por aquella familia que ha ido viviendo sus ilusiones y desesperanzas durante varias generaciones en su hogar frente a Palacio.

El propio Calvo Sotelo, al ordenar sus obras, ya al final de su vida, para ser publicadas, las distribuyó bajo diferentes epígrafes, que permiten observar de una ojeada la variedad de sus intereses y la facilidad de su creación teatral. Ambas cualidades le permitían componer piezas poéticas, como la inspirada por Maríá Antonieta; decididamente históricas como aquella en que dramatiza el largo y cruel proceso del Arzobispo Carranza. O las once obras reunidas en el grupo que denomina *Teatro social*, donde este adjetivo puede aplicarse justamente, para el mayor número de ellas, con el significado de teatro denunciante de vicios de la sociedad burguesa, entre las que figura, por supuesto, *La muralla*, y otras tan censorias, aunque no de tan enérgica severidad, como *La amante* o *El inocente*.

Pero el conjunto más numeroso de la producción teatral de nuestro finado compañero, está constituido por comedias en que el humor, nunca ausente de las otras piezas, ocupa el lugar dominante. Es curioso —y a él no le gustaba mucho— que en opinión muy generalizada, fuera tenido Calvo Sotelo sólo como autor de teatro de humor, siendo que había obtenido algunos de sus mayores éxitos tratando temas dramáticos. Pero así fue, y así es, y él mismo dio pie a ese encuadre por sus comienzos, orientados principalmente a la escritura jovial, y por los aciertos incuestionables que obtuvo en su cultivo. Porque si era el dramaturgo de tantas obras graves, era también el comediógrafo responsable de

éxitos grandes, como fueron *La visita que no llamó al timbre*, *Una muchachita de Valladolid* o *El glorioso soltero*. Y aunque no tuvo carácter humorístico su primera comedia estrenada, si no me engaña el recuerdo, lejanísimo, casi infantil, pues se remonta a antes de la guerra, titulada *El rebelde* —no acogida en la recopilación final—, la vocación que le llevaba hacia un teatro poético y risueño quedó clara con el estreno, poco afortunado porque Madrid no estaba en 1939 para mixtura tan delicada, de la preciosa comedia escrita en colaboración con Miguel Mihura *¡Viva lo imposible!*

En efecto, Calvo Sotelo participó intensamente en la renovación del humor español llevada a cabo por escritores de aquella generación que agrupó, con él, a quien fue electo de esta Academia Miguel Mihura; a quien lo es de número, y por muchos años, José López Rubio, y a escritores de tanto talento y jocundidad como “Tono”, Jardiel o Neville. Alzándose contra el retruécano, el astracán, la sal zafia y la sátira agreste, impusieron un humor urbano, cosmopolita y, muchas veces, tierno y lírico. Con ellos, pero en géneros más austeramente dramáticos, y, con nuestro Antonio Bue-ro, el teatro español conoció una vitalidad admirable entre la quinta y la sexta década de este siglo. Al volver hoy los ojos hacia aquel auge escénico, complace hallar presente en él, cada día que pasa con más fuerza, a nuestro eminente compañero.

La rápida evolución que han sufrido los gustos públicos durante los años últimos, han decidido una situación confusa y difícil del teatro. La vida de éste difiere mucho de la que conoció durante su plenitud Calvo Sotelo, y una mutación casi súbita y de pronóstico poco tranquilizador se ha producido en quienes rigen la escena. Una gran parte de los espectadores que la sostenían ha sido ahuyentada, sin que se hayan ganado adeptos suficientes. Ocurre también que no sólo los gustos han cambiado: no lo hubieran hecho si el mundo —rapidez de su ritmo evolutivo en costumbres, valores,

creencias y moral— no se hubiera transformado de modo tan radical.

En cualquier caso, a nuestro amigo le alcanzó este desajuste, que alteraba en gran parte el sustrato social y estético en que sus obras arraigaban: todos sabemos cómo el teatro es el género más sensible a la acción del tiempo. Calvo Sotelo afrontó con suma elegancia esos años duros para cualquier autor en que las compañías ya no urgen para contar con obra suya, pero siguió manteniendo izado su prestigioso pabellón literario en artículos periodísticos, que escribía con una rara perfección y exactitud; y en ese escenario para muchedumbres que es la televisión, en donde sus series de charlas *La bolsa de las palabras* y *La bolsa de los refranes* se hicieron predilectas del público, y en las que lucieron su cultura, su gracia y su sentido profundo del idioma.

Rememorar todo esto acentúa la sensación de inmensa pérdida que experimenta la Academia desde que él nos falta, desde que ya no se repiten nuestros encuentros semanales con su simpatía, su incruenta, imperceptible a veces, ironía gallega, su ingenio siempre a punto y, aquí en las Juntas, su pensamiento solvente, justo en las propuestas, tranquilo en las discusiones, y caballeroso a la hora de ceder en los desacuerdos. Habrá de resultarnos inolvidable la presteza con que acudía a promover el reconocimiento de los méritos que advertía en sus compañeros de Corporación.

Joaquín Calvo Sotelo cuidó siempre de anejar el señorío a su condición de Académico, dentro y fuera de esta Casa. Por eso, y porque fue nuestro amigo, puedo vaticinar que su ausencia será notada por nosotros durante mucho tiempo. Y porque fue mi amigo, puedo asegurar, al dejarlo cumplido, que nunca supuse que un encargo suyo me fuera a resultar de tan triste ejecución.

FERNANDO LÁZARO CARRETER.